



# ROSARÍA

## REVISTA MENSUAL

ÓRGANO DE LA OBRA PÍA PARA COMBATIR LA BLASFEMIA

EL PERIÓDICO SE PONE BAJO EL AMPARO DEL SAGRADO  
CORAZÓN DE JESÚS

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Riera de San Juan, 6, 2.º, Círculo Barcelonés de Obreros de San José; debiendo dirigirse la correspondencia al Presidente del Círculo.

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Un año. . . . . 10 reales.  
Números sueltos. . . . . 1 »  
Por cada diez suscripciones que se proporcionen se dará una gratis.

### PUNTOS DE SUSCRIPCION

En la Imprenta de Bertrán y Altés, Pelayo, 6, bajos; en todos los corresponsales de la misma, y en todas las librerías católicas de España.

### SUMARIO DEL PRESENTE NÚMERO

*La blasfemia provoca la indignación divina* — Los Círculos católicos de obreros. — *Del escándalo.* — *La fe y las costumbres.* — *Recuerdos del tiempo viejo.* — Actos de la Pía Unión — Publicaciones recibidas. — **Sección literaria.** — *Hermana de la caridad.* — *Fábula; el blasfemo.* — **Buenos ejemplos.** — Un hermoso ejemplo. — Celo de las compañías extranjeras de ferrocarriles para que sus empleados cumplan con el precepto de la santificación de las fiestas. — El poder del sufrimiento. — Episodios edificantes en el drama del 25 de Mayo, con ocasión del incendio de la ópera cómica de París. — **Miscelánea.** — Amor filial. — Influencia de los misioneros. — Un terciario laureado con el premio montyón. — Anuncios.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE

Debemos recordar á nuestros amigos que cada primer domingo de mes, á las 8 de la mañana, se celebra una misa en el altar del Sacramento de la parroquia de Santa Ana, en la que reciben la comunión varias personas adictas á la Obra de la extinción de la blasfemia, cuya comunión ofrecen en desagravio á S. D. M. y como acto de expiación.

El mismo primer domingo, á las 4 de la tarde y en el local del Círculo, Riera de San Juan, 6, 2.º, se reúne la Sección de Propaganda, á la que pertenecen los señores eclesiásticos, pro-

fesores, jurisconsultos y demás de carrera literaria, propietarios, etc.

El segundo domingo, en el propio local y á la misma hora, se reúne la Sección de Industriales, á la que pertenecen los que se dedican á la fabricación, al comercio y á la industria.

El cuarto domingo, también á igual hora y en el propio local, se reúnen los que pertenecen al ramo de construcción, señores arquitectos, maestros de obras, carpinteros, albañiles, etc.

Todas estas sesiones tienen carácter público, pudiendo asistir personas que no pertenezcan á la Obra, pero que estén conformes con el espíritu que la anima.



## LA BLASFEMIA PROVOCA LA INDIGNACIÓN DIVINA



SFORZÁBAMOS otro día la voz para hacernos oír y clamábamos azorados en presencia de la habitual y horrible costumbre de blasfemar: «¡Un pueblo blasfemo no puede ser un pueblo creyente!» No: un pueblo que maldice á Dios, que nos crió y conserva; un pueblo que blasfema de Jesucristo, que nos redimió con el precio de su sacratísima sangre y nos alimenta con su cuerpo en la sagrada Eucaristía; un pueblo que blasfema de la inmaculada Virgen, que es nuestra amantísima Madre y el áncora firmísima de nuestra esperanza, debe de haber abdicado las creencias cristianas y caído en la incredulidad. Y ahora añadimos que ese pueblo se precipita, quiera no quiera, por el camino del salvajismo. En efecto, ese pueblo debe haber perdido la idea del bien, que esencialmente se resume en Dios, y todo sentimiento noble y levantado, pues fuera de Dios todo es miseria y nada; ni puede inspirarse sino en pensamientos degradantes. ¡Oh blasfemos! Sabedlo, no sois cristianos. Esto ya lo conoceis; pero no sois siquiera personas civilizadas; y el día en que la civilización cristiana habrá triunfado en toda la línea, y se habrá purgado de los resabios de paganismo que no ha podido todavía arrojar de sí sereis considerados como extraños é indignos de alternar con las personas honradas; sereis separados del trato común y lanzados fuera de la sociedad honesta.

Amados tarraconenses, cristianos de fé viva y obras buenas, porque todavía no faltan entre nosotros cristianos verdaderos: la religión que con amor profesais, nuestra honra, la honra de la ciudad y del país en que vivimos, piden que tomemos una resolución digna y que sea exterminada la blasfemia. Unámonos en este pensamiento y levantemos una gran cruzada contra aquella detestable costumbre. Combatámosla todos y en todos lugares y en todo momento: los sacerdotes en el púlpito, en el confesonario y en todas partes; los seglares en la reunión, en el taller, en casa, en la calle; los jefes de fábrica y oficinas no admitan en los trabajos á los blasfemos, y despidan sin compasión á los que avisados no se contengan. Combatan al execrable vicio los maestros y maestras y exciten contra él la animadversión de los niños y niñas de las escuelas. Quizás

éste sería uno de los medios más eficaces para acabar con ella. Los niños y niñas comprenden fácilmente cuan malo y detestable es ultrajar á Dios y las cosas sagradas, y el horror que ellos habrán concebido lo inspirarán á los demás. Las cosas de los niños nos son grandemente simpáticas; su inocencia, su sencilla inocencia, encanta y cautiva. ¡Oh! si cuando en la calle se oye una blasfemia, se oyese el grito unánime de niños y niñas alabando á Dios y á sus santos, vindicando el honor divino allí mismo donde ha sido ultrajado ¡no debería este contraste poducir un grande efecto en los blasfemos, que se sentirían avergonzados, y en las personas presentes, que se verían necesitadas á deponer el respeto humano, que les sella los labios, y á secundar á los niños que les han precedido en la reparación del escándalo y corrección de los blasfemos, y á unir su voz á la de aquellos inocentes. ¿Por qué no ha de hacerse esto? ¿Por qué, perseverando en la común é inconcebible indiferencia nuestra proverbial, hemos de hacernos cómplices de los pecados ajenos, tolerando que sin protesta se ultraje á Dios en nuestra presencia; y lo que sería aún peor, autorizando la blasfemia y al blasfemo con una sonrisa ú otra señal de tácita aprobación?

¿Y por qué la autoridad no ha de ejercer la de que para el bien común está revestida, castigando al blasfemo culpable ante Dios, la sociedad y la ley? ¿Por qué la España se dice católica, si la ley española en manos de autoridades católicas ha de ser una arma enmohecida, y no ha de tener en respeto y perseguir los delitos contra la religión? Y en fin ¿por qué se persigue al asesino, al ladrón, al que se hace reo de calumnia, ó de injuria contra un hombre, y no se persigue al que injuria, insulta y se encarniza, permitase la palabra, contra Dios? ¿Es que Dios vale menos que el hombre? ¿Es que ya no se cree en Dios? ¿Es que revive y está nuevamente en uso el axioma pagano, ateo en el fondo, «que son de cuenta de los dioses las injurias de la Divinidad?» No sabríamos que contestar á estas preguntas; por toda contestación, en vista de una tolerancia que no se explica y no comprendemos, diremos únicamente que ya castigará Dios las ofensas que le hacen los hombres, las ofensas de que no hacen caso, no impiden y no vengán según es de su deber. No digan, nó, los blasfemos: «hemos hecho cuanto se nos ha antojado, no hemos puesto freno á la len-



gua, hemos arrastrado por el fango de las calles el santo nombre de Dios y á todo lo santo del cielo y de la tierra, y ningún mal nos ha venido.» ¡Insensatos! Ya vendrá: para los individuos en esta ó en la otra vida, quizás en ambas; para las colectividades, las naciones, los pueblos que no tienen vida futura, en esta indefectiblemente. Dios es justo, y la justicia de Dios, decíamos en ocasión no muy lejana, aunque á veces tardía, es siempre segura. Aguardad y vereis.

(*El Arzobispo de Tarragona.*)

## LOS CÍRCULOS CATÓLICOS DE OBREROS

### I.

**T**odos los días se reciben noticias de la fundación de nuevos Círculos católicos de obreros, asociaciones poco conocidas en España hasta hace algunos años, pero que toman en la actualidad grande incremento y están llamadas á reportar grandes beneficios á las clases populares, cuyo bienestar moral y material se proponen promover y fomentar.

Hace ya algún tiempo que los publicistas católicos vienen llamando la atención sobre la necesidad de crear y propagar los Círculos, donde el obrero, además de la enseñanza peculiar á su profesión, reciba la enseñanza religiosa como base de su educación social y vaya formándose y creciendo lejos de esos centros, en cuya atmósfera solo se respiran los odios injustificados que hoy alienta la juventud obrera que reniega de la religión, la sociedad y la política.

Y no es raro que los publicistas católicos traten de propagar las indicadas asociaciones, si se considera que nuestro Pontífice León XIII las ha recomendado en distintas ocasiones, como un medio que ha de coadyuvar á la obra verdaderamente grandiosa por Él acometida, de restaurar el sentido moral y la influencia religiosa en las sociedades modernas, combatidas por tan contrarios elementos, y agitadas por todo género de predicaciones y propagandas. Y nada en efecto tan eficaz y necesario para hallar el remedio que las sociedades modernas buscan á males causados por sus propios desvaríos, como reintegrar, ante todo, las

doctrinas de la Iglesia y el imperio de la idea religiosa en el orden social.

Y dentro de él muy especialmente en las clases proletarias, que arrancadas del hogar antes que pudieran recibir educación cristiana y fundamentar sus creencias, pasaron á donde los gritos del taller ahogaron los gritos de la conciencia, quedando huérfanas en su trabajosa existencia del bienestar moral que acompaña al sentimiento religioso.

Así es que esas sociedades donde la juventud obrera se congrega para estudiar sus males y mejorar su situación, agrupada bajo las banderas de la Iglesia, no pueden menos de ser para el Padre Santo de su especial predilección. Diferentes veces ha manifestado el agrado que le causaba verlas crecer y desarrollarse en Europa, y en varias ocasiones ha dejado oír su voz elocuente estimulando á los que se consagran á obra tan laudable y bienhechora á continuar en ella, ya que tan grandes resultados está llamada á producir, no ya en el orden social y religioso, sino hasta en el orden político.

Y de lo necesario y conveniente que sea, se convencerá cualquiera que se tome el trabajo de estudiar el movimiento obrero que viene operándose en Europa, y más especialmente en España, de algunos años á esta parte. Adviértense en él dos tendencias distintas que vienen á determinar en las masas obreras dos distintas agrupaciones, con aspiraciones igualmente contradictorias y antitéticas: la una de aquella clase obrera, que conserva todavía algún destello de las ideas religiosas y de la providencia de Dios y que, naturalmente, marcha en busca de un bienestar mejor por medio del trabajo y del ahorro, de una manera más ó menos lenta y perfectamente compatible con las aspiraciones de las demás clases sociales; y la otra, que perdida la fuerza de las ideas religiosas, cuyas máximas ha dejado á un lado porque, según ciertas predicaciones, oprimen la conciencia y no permiten realizar esa aspiración á regenerarse y mejorar, que es propia de la naturaleza humana, marcha en busca del bienestar de un modo diametralmente opuesto, por medio de la destrucción y la anarquía, que la voz de las pasiones les muestra como único y eficaz remedio para aplastar á las demás clases, y sobre todo para libertarse del yugo de los «explotadores» y «burgueses», contra los que alimentan, por el hecho de poseer el capital, el más sangriento de los odios.

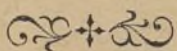


Tenemos, pues, que una parte considerable de obreros, la principal y la más numerosa, sin duda alguna, no renuncia á mejorar de situación, dentro de las actuales condiciones de vida social, y que con instituciones destinadas á proteger y fomentar el ahorro con Bancos populares, patronatos y sociedades protectoras, esperaría días más bonancibles y un porvenir que abriera ancho campo á su actividad, y que alejara la sombra de la miseria que suele llenar de luto el hogar de la familia.

Y como en vano vuelve la vista al Estado para que promueva con su iniciativa esas mejoras que constituyen una verdadera aspiración para los que se consagran al estudio de los problemas económicos y sociales, porque el Estado se mantiene tan alejado de esas manifestaciones de la vida económica, que no cree propias de sus funciones ni de sus fines (á pesar de que en algunos países se han establecido gracias á su intervención), que ni su función tutelar tiene por conveniente ejercer á fin de establecerlas é implantarlas en nuestro país; de aquí que los círculos católicos sean acogidos con gran simpatía por todo obrero que conserve algo de la educación cristiana que recibió de sus padres, y bajo cuya bases esos centros se proponen realizar esas innovaciones que han de mejorar notablemente su condición actual, y que efectivamente realizan en los países donde están perfectamente organizados.

Esto quisiéramos que tuviera perfecta aplicación en España, donde el sentimiento religioso está profundamente arraigado en las clases populares, y donde éstas no esperan para llenar los círculos católicos de obreros sino que se les abran sus puertas; que ya saben que allí no se les habla de los *derechos del hombre*, ni se oyen esas frases de repertorio de los clubs y de los *meetings*; pero que en cambio se procura poner en práctica lo que dice Balme constituye el progreso: «la mayor instrucción, moralidad y bienestar posible para el mayor número posible».—S. P.

(*Unión Católica.*)



## DEL ESCÁNDALO

¡Mas hay de aquel hombre por quien viene el escándalo!

(*San Mateo, cap. XVIII.*)

**C**ONSISTE el escándalo en llevar á otros al pecado ó separarlos de la virtud. Es una segunda especie de homicidio que no se percibe por los sentidos, pero que no es menos real á los ojos de la fé ni menos criminal delante de Dios. El escándalo mata al alma y la quita la vida espiritual de la gracia, que es infinitamente más preciosa que la del cuerpo. Por eso Jesucristo amenaza terriblemente á los que son para su prójimo objeto de escándalo y ocasión de caída. «Desgraciados, dice, aquellos por quienes viene el escándalo: si alguno escandaliza á uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera haber caído en lo profundo del mar.» Juzga, mi querido Teófilo, de la enormidad de este pecado por el horror que Jesucristo quiere inspirarnos contra él. Considera los efectos del escándalo y comprenderás la justicia de los terribles castigos que Dios le reserva. ¿Qué hace el pecador escandaloso? Se opone al deseo que Dios tiene de salvar á los hombres. «La voluntad de vuestro Padre celestial, dice Jesucristo, es que ninguno de estos pequeños perezca.» Él los ha adoptado á todos como á hijos, quiere salvarlos á todos, pero con el escándalo se pone un obstáculo á esta voluntad de Dios, puesto que se hace perecer á los que Dios quería hacer bienaventurados. El pecador escandaloso destruye la redención de Jesucristo. Nuestro Señor ha venido al mundo para salvar á las almas; ha derramado su sangre para rescatarlas; por medio del escándalo se le arrebatan esas almas que tan caras le han costado, se le roba su conquista, se hace inútil el precio de su sangre y se expone á una desgracia infinita á aquellos mismos para quienes Jesucristo había alcanzado una eterna felicidad. Ese joven tenía inclinaciones virtuosas: dócil á sus padres y maestros, recogido en la oración y dado al cumplimiento de todos sus deberes, era el objeto de las complacencias de Dios; tuvo la desgracia de encontrarse en la sociedad con un libertino que se vanagloriaba de su impiedad, que motejaba á la virtud con un nombre odioso y ridículo y que se mofaba de los que la practican; y aquel joven, alucinado por sus



discursos, sucumbre al temor de sus burlas y de sus censuras y se avergüenza de la virtud. El libertino pasa más adelante, tiene en su presencia conversaciones licenciosas, le da malos consejos y los apoya con su ejemplo: el joven aprende lo malo que ignoraba, recibe las impresiones más perniciosas y acaba por entregarse á los mismos excesos, y vedle ahí hecho esclavo de sus mismas pasiones y sujeto á los mismos vicios. Dios quería salvar esa alma, Jesucristo había muerto por ella y el pecador escandaloso la hace perecer; esa alma debía gozar eternamente de Dios y el pecador escandaloso la arrastra á una desgracia eterna. ¡A qué castigos debe prepararse! ¡Un suplicio harto cruel le espera! ¡Desgraciado! Te hubieras horrorizado de manchar tus manos en la sangre de tu hermano, y sin embargo, el daño que le has causado es infinitamente más horrible. Serías menos cruel con él si le clavaras un puñal en su corazón, si le arrancarás la vida del cuerpo. Esa alma á quien has seducido clamará venganza eternamente y sus gritos serán oídos por el soberano juez. Desgraciado, por consiguiente, aquel que enseña á la juventud el mal que ignora; desgraciado el que seduce á la inocencia con sus ejemplos y palabras; desgraciado el que aparta á los demás de la virtud y de la piedad con burlas insensatas; infeliz el que propaga libros perniciosos contra la religión ó contra las costumbres; infeliz aquel que enseña á otros pinturas indecentes; infeliz el que enseña ó compone canciones deshonestas; y desgraciado, en fin, el que causa escándalo de cualquiera manera que sea, ó que pudiendo impedirlo no se opone á él con todas sus fuerzas. Él es culpable de todos los pecados de que ha sido causa y será castigado por todo el mal que haga, aún después de su muerte, con motivo del escándalo que hubiese dado.

Yo no conocía, Dios mío, todo el horror del pecado de escándalo; jamás había reflexionado sobre las consecuencias espantosas que lleva en pos de sí y sobre los terribles castigos con que amenazais á los que le cometen. No permitais que sea yo nunca para los demás ocasión de caída y de pecado. Estoy resuelto á velar sobre mí mismo para no decir ni hacer cosa alguna que pueda escitarlos al mal. ¡Ah! ¿no me basta tener que responder de mis propias faltas para que me cargue con las de otros? Si me sucede que escandalice á alguno, dignaos, Dios mío, perdonármelo; yo repararé este mal

no dando sino buenos ejemplos y edificando á mi prójimo con una exacta fidelidad en cumplir todos mis deberes. Vos, Dios mío, nos lo habeis mandado con estas palabras: «Que vuestro ejemplo brille delante de los hombres á fin de que, viendo vuestras buenas obras glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos.» Quiero poner en práctica ese precepto é inspirar á los demás el amor á la virtud con una buena conducta, no para que á mí me ensalcen, sino para que vuestro nombre sea glorificado. Concededme esta gracia para gloria de vuestro nombre, para mi salvación y la de mis prójimos, á quien amais tan de corazón.

*Aplicación:* Cuidar de no dar nunca mal ejemplo.

*(La Propaganda Católica.)*

## LA FE Y LAS COSTUMBRES

Entre la fé y las costumbres debe existir estrecha unión.

Es de todo punto indispensable el que nos convenzamos de que poco importa que profesemos en apariencia la religión sacrosanta de nuestro Divino Maestro, ajustándonos á su ley escrita en cuanto concierne al cumplimiento de los públicos preceptos, como oyendo misa, asistiendo á ejercicios piadosos, ayunando y confesando, etc., si luego, en nuestra vida privada, en nuestras costumbres y en nuestro modo de obrar venimos á establecer un horrible antagonismo con nuestras bellas y piadosas teorías.

Muchos hay que poseen el tesoro inestimable de la fé y que, por nada del mundo, abjurarían de las creencias que han recibido con las primeras lecciones de sus buenos padres; pero que, por una de esas aberraciones, tan frecuentes, del espíritu perturbado por el hábito del mundo, no vacilan en murmurar á todas horas, haciendo añicos, con el acero de su lengua, reputaciones respetables y gozándose quizás, quizás, con el daño que causan á sus indefensas víctimas. Este vicio, tan opuesto á los fines del Salvador del mundo, es, por desgracia, más frecuente en los pequeños pueblos que en las ciudades de importancia. Y, hay que convencerse, además de mezquino y miserable, merece siempre la execración del cielo que ama las almas enteramente limpias del asqueroso y bajo defecto, ó más bien, pecado,



de la murmuración, cualesquiera que sean las formas que revista y los ingeniosos distingos que la acompañen.

Otros, que no faltarían, sin grave motivo, al santo precepto de oír la Misa, no vacilan, más tarde, en entregarse á peligrosas disipaciones, poniendo así la fé de sus creencias en oposición con las costumbres de su vida.

Y, en una palabra, todos aquellos que aceptan los divinos preceptos en la teoría y luego practican lo contrario, engañan á los demás y se engañan á sí mismos. Es una monstruosa contradicción entre lo que creemos y lo que obramos; y como en el trono de Dios solo se asienta la verdad y la justicia, fácilmente podemos comprender que ante aquél Supremo Juez de nuestras acciones, es indispensable que presentemos, como resultado de nuestro breve tránsito por el mundo, la fé y las costumbres en íntimo y amigable consorcio.

Las segundas son el complemento indispensable de la primera; y así como de poco nos serviría poseer una preciosa moneda, partida por su mitad, y sin valor en el mercado; así también pierde mucho de su esencial importancia la fé que abrigamos en nuestro pecho de cristianos, si luego carecemos de la pureza en las costumbres, que es la otra mitad de la moneda para pagar nuestra entrada en las gloriosas mansiones.

Y, en verdad, que si es inmensa desgracia vivir fuera del seno de nuestra Santa Iglesia, como ocurre á los infieles, no lo es pequeña tampoco, ser uno de sus hijos y hacernos indignos de la felicidad eterna.

¡Ridícula pretensión la de aquellos que hacen unas veces el papel de cristianos y de gentiles otras! Tanto vale no dudar de la Magstad de Dios, que es el que manda, y vivir como si no creyésemos aquello mismo de que no dudamos, con menosprecio y burla de su doctrina.

Acreditemos siempre la fé con las obras; y no vacilemos en asegurar, probándolo así con nuestros actos, por insignificantes que nos parezcan, que *la fé y las costumbres* deben marchar tan perfectamente unidas, como lo está el alma al cuerpo, en la peregrinación por el mundo.

(*El Lucense.*)

## RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.

El calendario, en el día 6 del corriente Agosto señala, y la Iglesia española por lo general celebra en el de hoy, la fiesta de los santos niños Justo y Pastor, hermanos mártires y patronos de la antigua Compluto, nuestra Alcalá de Henares.

Apenas cumplidos siete y nueve años respectivamente, estos esforzados atletas de la fé cristiana, cuya infancia podía únicamente computarse en la edad, pero cuya vejez resplandecía en la rectitud y decisión de su esforzado juicio, acudieron espontánea y heroicamente ante el tribunal de Daciano, arrojando á un lado, como los gladiadores del circo sus vestiduras para luchar mejor, los alfabetos de la escuela; su resuelto continente conmovió sin duda el corazón de aquella fiera, que se contentó con mandarles propinar, creyendo así intimidarlos, una regular dosis de azotes; pero sus conversaciones durante aquella bárbara flagelación, admiraron en tal forma á sus verdugos, que, sabedor de ellas el tirano, temiendo todas las consecuencias del ejemplo sin igual de aquellos *niños viejos*, los mandó conducir inmediatamente y en silencio fuera de la ciudad, y fueron degollados en el llamado *Campo Laudable*, en el sitio que hoy ocupa la población actual, que entonces existía en el llamado *Huerta de las Fuentes*; habiendo sido erigida en Silla episcopal en el siglo V, y con motivo del descubrimiento de los Santos Cuerpos, por el Ilmo. Sr. Arzobispo de Toledo Asturio, y que hoy forma un solo obispado con el de la corte, bajo la denominación de ambas, en glorioso recuerdo de todo esto, de su insigne Iglesia magistral, y de su celebrada Universidad del *tiempo viejo*.

Y vengo, como de costumbre, á mis comparaciones de *tiempos*: ¿Se parecen, pregunto, mucho los Santos Niños de Alcalá á los niños de nuestra desdichada época?

Por supuesto que ya sé que lo que hicieron esos Niños heroicos fué única y exclusivamente fruto de una inspiración del Espíritu Santo, no común entre los mártires mismos, ni obligatoria, en manera alguna, no digo á personas de su edad, sino tampoco á las de



más provecta; pero ¿la fé y el entusiasmo que ardía en sus pechos, no indica algo, y mucho en favor de su educación cristiana?

Y estamos en la cuestión: los niños del *tiempo nuevo*, *viejos antes de tiempo*, no por la seriedad y madurez de sus actos, como Pastor y Justo, sino por la precocidad increíble de sus pasiones y la rapidez vertiginosa de su vida física, reciben una educación diametralmente opuesta á la que recibían no hace muchos siglos, ni muchos años por cierto, y no hablamos de los niños de las *clases desheredadas*, acaso los mejor educados, sino por sus padres, por las infinitas asociaciones benéficas, que se multiplican afortunadamente con tan plausible como elevado objeto; hablamos de los niños del *tiempo nuevo* en la clase media y aristocrática, bien que hoy hasta los plebeyos tengan entre nosotros, y á pesar de nuestros alardes y protestas democráticas, muchos humos de aristocracia, y de la más insufrible y pedantesca; pues bien: esas clases, y todas en general, mediante esa *igualdad* que á todos nos eleva al mundo de las ilusiones, conceden á los niños una *importancia* que no es seguramente la que les concede Dios y sus Sagradas Escrituras, la historia, la Religión y la sociedad; sino una importancia ridícula que, despojándolos hasta de su travesura infantil y de sus inocentes gracias, les convierte ó quiere convertirles, anticipada y prematuramente en hombres como si el proceloso mar de la vida no fuera á veces demasiado extenso para sufrir, recordando con amargura los tranquilos y felices días de la edad primera.

Ya desde los albores de la infancia, apenas separados del regazo materno, se les acostumbra á una vida muelle y regalada, dificultando hasta su desarrollo físico y haciéndoles contraer hábitos, y costumbres, y regalos, y comodidades de que la voluble fortuna les ha de privar, acaso más pronto de lo que sospechan; se excitan sus pasiones, ocultas como el reptil en su lecho de flores de la pradera; y después de agotar todas las invenciones del lujo y de la molicie, con ellos, en la satisfacción de sus caprichos, y hasta en sus diversiones, juguetes y placeres, para comenzar la funesta obra de ridícula importancia, que ya se aproxima en los siguientes lustros de la vida del pobre adolescente del *tiempo nuevo*, hemos importado del extranjero, como siempre, lo que hace desternillar de risa á los hom-

bres del *tiempo viejo* como yo; ¡los bailes de niños!

Y en manos de esos *personajes* que ya tienen su *baile* propio y peculiar, se coloca en seguida para que se precipiten por el camino de la vida lo antes posible, el libro y el periódico, el folleto y la novela, la caricatura y el grabado, sin reparar en su mayor ó menor moralidad y conveniencia; y los niños del *tiempo nuevo*, que merced á estos preliminares jamás dejan de serlo, toman parte activa en todas las discusiones, y apenas han dejado los *trajes*, especiales también, con que se les atavía en primer término, hablan de todo, y en todas partes, y delante de todos, tuteando, si es preciso, al mismísimo lucero del alba, porque comenzaron tuteando á los autores de sus días, y no quieren regatear á los que no lo son esta muestra de su *franco y respetuoso cariño*.

Os aseguro, lectores míos, que estos niños del *tiempo nuevo* no se presentarán seguramente ante los tiranos á confesar la fé, porque por lo regular y á cierta edad, ya no suelen tener ninguna, si la adquirieron; pero lo que también os puedo asegurar, es que en vez de sufrir azotes, ni por esa fé, ni por nada, ni por nadie, serán muy capaces, si la edad y fuerzas les acompañan, de aplicárselos en toda regla á algún nuevo San Casiano, que, acostumbrado á los *niños del tiempo viejo*, creyera que en los del *tiempo nuevo* podían existir todavía Justos y Pastores.

CASIMIRO DE ERRO.

Burgos 9 de Agosto de 1887.

(Correspondencia Eclesiástica).

## ACTOS DE LA PIA UNIÓN

Durante la presente estación calurosa han seguido reuniéndose las Secciones de la Obra Pía, ocupándose de los asuntos que respectivamente les están confiados.

El Círculo de Obreros sigue regularmente concurrido; y sus sesiones se ven amenizadas ya con la lectura de poesías, ya con la ejecución de piezas de canto y música, sin dejar de oírse la autorizada palabra de las dignas personas que en sencillas conferencias dirigen á los socios y que estos escuchan con placer.



La Sección de Beneficencia ha principiado ya su caritativa y fecunda tarea, socorriéndose á alguna familias necesitadas según la medida de los recursos con que se cuenta, procurándose trabajo á algunos obreros que carecían de él.

La junta directiva de la Obra Pía dirigióse en atenta comunicación al Excmo. Sr. Gobernador Civil invocando el concurso de la primera autoridad de la Provincia para combatir el detestable vicio de la blasfemia. Teníamos del celo del Sr. Antunez formado bastante buen concepto para no esperar que seríamos debidamente atendidos, mayormente cuando se nos aseguraba que ya había manifestado los mejores propósitos respecto al objeto en favor del cual tratábamos de interesarle. El Sr. Antunez ha tenido á bien contestar diciendo que está por su parte dispuesto, dentro de sus atribuciones á trabajar en reprimir el vergonzoso vicio de la blasfemia, y observa que no siempre ésta se presenta de modo que pueda ser reprimida por la autoridad, que es menester también corregir este vicio en el terreno privado, en el hogar doméstico, donde la costumbre de blasfemar es tanto más fuerte cuanto que trasciende á los hijos de familia. Después de la atenta comunicación de la digna autoridad Superior de la provincia y esperando que Su Excelencia, lo mismo que las demás autoridades, hagan cuanto esté de su parte, lo que nos cumple á todos es redoblar nuestro celo y nuestra actividad en favor de una obra en la que, á la par que nuestra santa Religión, está interesado el decoro de la patria.

### PUBLICACIONES RECIBIDAS

Hemos recibido dos obritas que de muy buena voluntad recomendamos.

Es la una *La Paloma del Carmelo*, trabajo dramático de D. Juan B. Altés y Alabart, Presbítero. No ha sido escrito para teatros públicos ni para obtener los aplausos de la gente de mundo; ni pertenece á ese arte que es el reflejo de las costumbres de nuestra época, ni tiene nada de ese naturalismo que hoy está en boga. *La Paloma del Carmelo* se parece más por su intención y hasta por su forma á los autos sacramentales en que se ejercitó la pluma de algunos de nuestros clásicos y que tenían por objeto alimentar la piedad. Sin que el autor tenga pretensiones, la acción dramática está bien conducida, tiene escenas perfectamente dialogadas y no faltan efectos dramáticos que, sin separarse del carácter general de la obra, han de producir buena impresión. La representación de *La Paloma del Carmelo* la creemos muy útil en casas religiosas y de educación cristiana. De esta representación, á la par que un honesto recreo, se sacarán utilísimas enseñanzas. El drama está impreso con aprobación de la Autoridad eclesiástica y va seguido

de algunas notas, de las que se desprende que el autor, al cuidar de la trama dramática ha tenido en cuenta la exactitud histórica y sobre todo el caracterizar bien el principal personaje del drama.

El otro librito del mismo autor se titula *Las Ovejitas del Niño Jesús*. Es muy conocido en varios puntos de España y muy popular en algunas parroquias de Cataluña la hermosa institución titulada *El Rebaño del Niño Jesús*, que tiene por objeto el que las jóvenes en su primera edad santifiquen la tarde de los días de fiesta oyendo explicaciones de doctrina cristiana y realizando actos de piedad, que se amenizan con cantos religiosos ú otras recreaciones honestas. El *Rebaño* que es obra del celo de D. Enrique de Ossó tiene su reglamento, sus meditaciones, sus preces, todo adaptado á la edad de las tiernas asociadas. El Dr. Altés ha prestado un cervicio á esta buena obra con *Las Ovejitas*, que es un librito en que van alternadas lecturas en prosa, poesías, ejemplos, todo para edificación de las jóvenes á quienes se dedica.

## SECCIÓN LITERARIA

### HERMANA DE LA CARIDAD

En una noche terrible,  
sobre una fértil montaña,  
arder se vió una cabaña  
con presteza inconcebible.  
Un niño y un pobre ciego  
en esta choza vivían:  
con poco que poseían  
gozaban dulce sosiego.  
Una hora ardiera á lo más;  
todo estaba consumido:  
nadie hubiera conocido  
que hubo allí choza jamás.  
Cuando alumbró el nuevo día  
con sol claro y esplendente,  
sentado al pie de un torrente  
un pobre anciano gemía.  
Un niño á su lado estaba  
consolando su amargura,  
y el anciano con ternura  
su débil cuerpo estrechaba.  
—Yo, abuelo, ya sé leer:  
trabajaré en la ciudad;  
en ella habrá caridad,  
y yo os podré mantener.  
Haré lo que se me mande,  
y para los dos tendremos;  
ó limosna pediremos,  
y luego... ya seré grande.



No hay remedio, esto ha de ser:  
 emprendamos el camino  
 con fé, báculo divino  
 que Dios me ha dado al nacer.  
 Dijo, y se alzó vacilante,  
 y aunque le ahogaba la pena,  
 su frente estaba serena  
 y era su acento vibrante.  
 —Sucesos tristes y extraños  
 á esta choza me trajeron;  
 conmigo ocultos vivieron  
 mis penas y desengaños.  
 Adios, montaña querida;  
 no te ven mis turbios ojos;  
 tus flores y tus abrojos  
 reciban mi despedida.  
 Con la cabeza inclinada  
 va el anciano caminando:  
 el niño le va guiando  
 toda una larga jornada.  
 Penetraron en la villa,  
 y con insegura planta  
 llegaron hasta una santa  
 y milagrosa capilla.  
 En la puerta el niño luego  
 dijo, tendiendo las manos:  
 «Dad una limosna, hermanos,  
 para el desvalido ciego.»  
 —Nadie, abuelo, en mí repara;  
 vergüenza me da gritar;  
 siento mi sangre llegar  
 del corazón á la cara.  
 Hermanos nuestros yo creo  
 que no pueden éstos ser:  
 hubieran de conocer  
 que pan para vos deseo.  
 Tanta mujer, tanto hombre,  
 todos de gala vestidos...  
 —Es que aquí desconocidos  
 somos, y nada te asombre.  
 —¿Pues no adivinan, abuelo,  
 que hambre tenemos y frío?  
 —Lo que al pobre causa duelo  
 al rico produce hastío.  
 No más que gente importuna  
 miran en el pobre errante;  
 no ven que es un semejante;  
 van ciegos por la fortuna.  
 De tu abuelo, pobre viejo,  
 que está próximo á morir,  
 tú que empiezas á vivir,  
 aprende bien un consejo.  
 Galas que el alma engalanen  
 es lo que has de procurar:  
 las que se pueden comprar,  
 hijo, que nunca te ufanen.  
 El que pura tiene el alma  
 y su corazón tranquilo,

en Dios halla siempre asilo  
 y goza de dulce calma.  
 El niño y el pobre anciano,  
 con los miembros ateridos,  
 caminan desfallecidos,  
 pidiendo limosna en vano.  
 ¿Dónde un pedazo de pan  
 darán al pobre mendigo,  
 que sin casa y sin abrigo  
 va implorando con afán?  
 La noche empieza á cerrar;  
 el niño su pie detiene;  
 allí, ante sus ojos tiene  
 una casa y un hogar.  
 Un letrero se ve á un lado,  
 otro igual sobre la puerta  
 de la casa que está abierta,  
 y ante la que está parado.  
 —¡ Oh Cielos, cuanta bondad !  
 vamos valor, padre mío;  
 en ese letrero fio...  
 «Hermana de Caridad.»

## FÁBULA.

### EL BLASFEMO.

*Quien, de acción ó de palabra,  
 contra Dios la espada esgrima,  
 su eterna desdicha labra,  
 y Dios siempre queda encima.*

Una Cruz de tosco pino,  
 en un campo levantada,  
 por la sombra dibujada,  
 copiábase en el camino.

Espantósele el pollino  
 á Blás con la sombra oscura,  
 y el Ganso en la tierra dura  
 vino á dar... (por las orejas).  
 Con lo cual blasfema y jura,  
 rompe en sacrílegas quejas.

Y al ver la Cruz, que, en el suelo,  
 la sombra fiel ha extendido,  
 pisábala enfurecido,  
 vengándose así del cielo.

Más ¿qué logra el muy ciruelo?  
 la Cruz siempre se levanta  
 sobre la rústica planta  
 por más que en pisar se extrema;  
 y así del crimen que espanta  
 sacó sólo... ¡el anatema!

(P. Cayetano Fernandez.)



## BUENOS EJEMPLOS

Publicamos con mucho gusto el siguiente bando y felicitamos por él al digno señor Alcalde de San Leonardo, (Palencia), deseando que imiten su ejemplo los demás Alcaldes:

«*Orden público.*—Si es deber de toda autoridad el velar por el sostenimiento del orden, conservación de la propiedad y seguridad de las personas, no lo es menos el que sus administrados no falten á los actos de moralidad y buenas costumbres, tan necesarias en toda sociedad regularmente organizada; y para conseguirlo en cuanto sea posible, he acordado dictar las prevenciones siguientes:

1.<sup>a</sup> Queda prohibido el rondar sin licencia de la autoridad, y concedida esta, el cantar cantares obscenos y que ofendan á la moral y buenas costumbres.

2.<sup>a</sup> Queda así mismo prohibido el proferir blasfemias y palabras injuriosas, así como el escandalizar y producir actos repugnantes á la moral pública.

3.<sup>a</sup> Durante los actos religiosos los días festivos se cerrarán los establecimientos, y especialmente donde se venden bebidas y licores, los que se cerrarán en invierno á las nueve de la noche y á las diez en verano, sin que se permita el despachar á no ser por una necesidad, y ésta probada, pasadas las citadas horas.

4.<sup>a</sup> Todos los vecinos y habitantes limpiarán sus casas y calles quitando los obstáculos que impidan el tránsito por la vía pública.

Los infractores de este bando, serán castigados con una multa de una á cinco pesetas, según los casos, y si la falta lo exigiere hasta el máximum que señala la ley municipal vigente.

Lo que se anuncia al público para su conocimiento y puntual cumplimiento.

San Leonardo, 12 de Julio de 1887.—El Alcalde, *Francisco Encabo.*»

(*La Propaganda Católica.*)

—Leemos en *La Correspondencia de España*. «Ayer mañana fué detenido por blasfemo, en la Corredera, un sujeto, al que se ha impuesto la multa de 500 pesetas.»

¿Por qué razón las autoridades de Barcelona no siguen el buen ejemplo que les dan las de Madrid y otras poblaciones? es cosa que no podemos comprender y lamentarán con nosotros cuantos se interesan por su buen nombre y el de ha *culta* Barcelona.

Copiamos de *La Verdad* de Manresa:

«Por los Excmos. señores Gobernador civil de la Provincia y Alcalde de Barcelona se han dictado órdenes terminantes para reprimir el terrible pecado de la blasfemia.

Con tal motivo, y para estímulo de los dependien-

tes de la Autoridad, copiamos de un periódico de Salamanca los siguientes sueltos:

«Pasaban el domingo último algunos jóvenes por la calle de los Corrales, cuando á una joven que habita en una casa de ella se la ocurrió arrojar agua. Incomodados los transeúntes por tal acto, prorrumpieron en horribles blasfemias, sin temor á un agente municipal que de cerca les oía, é interrumpiendo su discurso les denunció, para después imponerles una multa por su falta á la moral pública.»

«El conocido empresario de coches y dueño del café de la Nueva Iberia, don Raimundo del Rey, fué multado uno de los días pasados en cinco pesetas, por haberle sorprendido blasfemando publicamente el inspector de la guardia municipal.»

*Un hermoso ejemplo.*—Mr. de Casagnac, designado en suerte para representar el Congreso de Diputados en el entierro civil de Mr. Cantagrel, ha rehusado asistir y ha dado en estos términos el motivo de su negativa:

«Mi conciencia de católico me prohíbe formalmente seguir un convoy fúnebre que no pase por un templo consagrado....

«El libre-pensamiento ha llegado á ser militante, agresivo, y marcha descaradamente al asalto del cristianismo.

«No es con infelices estraviados con quienes tenemos que entendernos, sino con enemigos implacables.

«Y marchar detrás de un ataúd que no precede el sacerdote, y donde no va enarbolada la cruz, sería una capitulación sin excusa.

«Yo no la cometeré jamás.

«Amo á mi padre tanto como un hijo puede y debe amarle; amo también á mis hijos todo lo que un padre es capaz de amar.

«Que me critique quien quiera; si muriesen renegando su fé, y ostentando la negacion de Dios, sin vacilar hubiera rehusado acompañarlos á su última morada.

«En plena guerra religiosa, cuando nuestras creencias son ultrajadas públicamente, cuando nuestros sacerdotes están proscriptos y reducidos á la miseria, cuando el ateísmo del Estado se levanta con insolencia enfrente de las iglesias desbalijadas diariamente por los ladrones que él envalentona; el catolicismo debe reforzarse en la intransigencia de los primeros y grandes días de nuestra religión.

«Y lo que yo no haría por los seres más queridos míos, no lo haré por un extraño, por más que sea un colega en el Parlamento....

«Los verdaderos creyentes no pueden, sin una complicidad criminal, asociarse públicamente por su presencia al menosprecio de su fe.....

«Nosotros no podemos ni debemos sancionar de cerca ó de lejos lo que á nuestros ojos es el desmoronamiento de la humanidad, lo que la envilece, de-



signando como fin único la tierra, que es el fin de los animales.

«Si todos los católicos estuviesen tan firmemente resueltos á no ceder jamás á las cobardes complacencias del mundo y tomasen el partido de rehusar su presencia en los casamientos y entierros que se pasan sin la consagración religiosa, cualesquiera fuesen los lazos de amistad y parentesco, las ceremonias puramente civiles resultarían muy pronto con el triste esplendor de su abyección vergonzosa.»

(Del B. E. de Toledo.)

*Celo de las compañías extranjeras de ferrocarriles para que sus empleados cumplan con el precepto de la santificación de las fiestas.*—Los empleados de las compañías de los ferrocarriles dejan en gran número de cumplir con el precepto de oír misa en los días de fiesta, alegando la sujeción que su profesión les impone. Lo peor es que si al principio proceden muchos de buena fe, luego se acostumbran á vivir alejados de la Iglesia y á la tibieza y desórdenes que son consiguientes cuando se prescinde de la religión.

La Compañía del Sudeste de Rusia, entre otras, ha intentado facilitar á los empleados el cumplimiento del primer mandamiento de la Santa Madre Iglesia. Al efecto ha hecho construir vagones-capillas, que formarán parte de los trenes los domingos y fiestas de guardar, para que los conductores asistan al sacrificio. Y no se crea que es la administración la que ha tomado la iniciativa de esta reforma: los mismos empleados la han reclamado y obtenido.

En Suiza obtuvieron en 1872 los empleados de ferrocarril y de correos un domingo libre ú otro día por cada tres semanas. En Noruega, cediendo á solicitudes en igual sentido, se gravó al presupuesto en 100.000 francos anuales destinados á sostener un cuerpo de sustitutos que hacen el servicio de los ferrocarriles un domingo de cada tres.

Finalmente, el Ministro belga de Obras públicas ha estudiado y resuelto el medio de facilitar el descanso de los domingos á los 46.000 empleados de correos y ferrocarriles. Recientemente ha declarado en la tribuna dicho Ministro que había logrado suprimir algunos centenares de trenes de mercancías los domingos, sin que nadie lo hubiese advertido, y que nadie se había quejado hasta ahora, á pesar de haberse reducido el número de distribuciones de cartas los días de fiesta.

En estas cuestiones querer es poder.

España, nación que hace años copia todo lo malo del extranjero, ¿no podía imitar el ejemplo que le dan Rusia, Suiza, Bélgica y Noruega?

(La Cruz.)

*El poder del sufrimiento.*—En una conversación familiar, dijo cierto día un sacerdote las siguientes

palabras: «¿Quereis convertir á una familia? Procurad que haya en ella un alma que sepa sufrir. ¿Quereis que vuelva á Dios un alma que os sea querida? Sufrid por ella.»

Oyó estas palabras una niña del pueblo que acababa de hacer la primera Comunión, y por una gracia especial del cielo las comprendió.

La pobre niña había visto á menudo á su madre llorando, y se llenaba de vergüenza cuando casi todos los días su padre volvía por la noche embrutecido por el vino.

El día en que le fué revelada la fuerza del sufrimiento abrazó á su madre con tal efusión de ternura, que conmovió á la desgraciada esposa, y le dijo: «Madre mía, estad alegre: pronto, ya lo veréis, mi padre no os hará llorar más.»

Al día siguiente, durante la comida, únicos momentos en que se reunía la familia, la niña comió un poco de sopa y un pedazo de pan, y rehusó lo demás.

—¿No te sientes bien? le dijo su madre maravillada.

—Sí, madre.

—Come, pues, dijole su padre.

—Hoy no puede ser.

Creyóse que era un capricho de la niña, y no insistieron.

Por la noche el padre volvió borracho como siempre. La niña, que ya se había acostado, pero que no dormía, le oyó blasfemar y se puso á llorar en silencio. Era la primera vez que el blasfemo le arrancaba lágrimas.

Al día siguiente, al sentarse en la mesa, tampoco quiso tomar otro alimento que pan y agua.

La madre empezó á inquietarse, y el padre se irritó.

—Comerás como dos y tres son cinco,—le dijo este encolerizado.

—No, replicóle la niña con firmeza; no lo haré, mientras os embriagueis, mientras hagais llorar á mi madre y blasfemeis: lo he prometido al buen Jesús, y quiero sufrir para que no os castigue.

El padre bajó la cabeza. Por la noche volvió sereno, y la niña estaba encantadora por su alegría, por sus gracias y apetito.

Pero el hábito arrastró otra vez al padre y la niña volvió á su abstinencia. Esta vez el padre no se atrevió á decirle una palabra: solamente rodó por su mejilla una gruesa lágrima y cesó de comer: su madre también lloraba: solo la niña estaba tranquila.

Luego, levantándose aquel y estrechando á su hija entre sus brazos, le dijo:

—¡Pobre mártir! ¿y esto lo harás siempre?

—Sí, padre mío, hasta que, ó yo muera, ó V. se convierta.

—¡Hija mía, hija mía! ya no haré llorar más á tu madre.



—Un misionero da noticia del siguiente caso que le aconteció en la India, en su Iglesia de Penang. El indio Apao solía decir delante de sus compañeros que hacía poco caso de sus consejos; poco después enfermó, y el Padre envió un catequista para que lo visitara. Apao sorprendido de tanta bondad, exclamó: « ¡Cómo! ¿Este Padre, á quien yo he despreciado tanto, se interesa por mí y quiere saber cómo estoy? Esto es un exceso de bondad. Le ruego á usted que me haga un favor, mañana es domingo, y no puedo ir á la Iglesia; no puedo ni dar un paso.

—Le diré vuestro sentimiento, respondió el catequista, y le diré vuestras buenas disposiciones, y él vendrá á veros.

—No, no, yo soy el que debe ir á verlo; llamad á los que he escandalizado, y que mañana me lleven á la iglesia en una silla; que esperen que el Padre suba al altar, y me dejen sobre la estera enfrente del púlpito.

Todo se llevó á cabo exactamente, y cuando el Padre, que nada sabía, subió al púlpito, el indio, poniéndose de rodillas sostenido por sus compañeros, exclamó:

—Padre, escuchad á vuestro hijo moribundo, que viene á pedir os perdón; olvidad que os he ofendido, para que Dios, delante del cual voy á comparecer, también lo olvide; y vosotros, á quienes he escandalizado, no me imiteis, sed siempre sumisos á nuestro buen Padre, y no os prepareis remordimientos para la última hora, como yo he hecho. Yo le había ofendido, y él quería, sin embargo, ir á verme, pero no he querido consentirlo.

El Padre, sorprendido y conmovido profundamente, no podía articular palabra, y solo le contestó llorando; los circunstantes también lloraban, y en la iglesia no se oían más que gemidos.

No pudieron hablar, se bajó del púlpito, y cogiéndolo por la mano lo consoló y lo condujo á una casa cercana á la suya; terminada la misa le administró los últimos sacramentos, y á la noche siguiente murió dando muestras de estar muy arrepentido.

*Episodios edificantes en el drama del 25 de Mayo, con ocasión del incendio de la ópera cómica de París.*

La acomodadora del Teatro de la Opera era mujer de mucha devoción á Nuestra Señora de las Victorias. Se confesaba á menudo en esta iglesia y la visitaba cuanto podía.

Cuando el incendio se hubo declarado y comprendió que el siniestro no tenía remedio, trató de ponerse en salvo. Se disponía á salir de la sala y observó que buen número de personas se descaminaba tomando un pasillo sin salida.

Deseosa de salvarlas les llamó la atención para que la siguieran.

Hiciéronlo así, más con el terror y el anhelo de la fuga arrollaron á la pobre mujer, que ya no pudo dirigir la retirada.

Para mayor desventura se apagaron las luces repentinamente. El pánico y el desconcierto se aumentaron entónces. Empezaron los empujones, las caídas, los aplastamientos. Aún á costa de la vida de otros cada uno miraba por sí.

El paso quedó obstruido por completo, con el amontonamiento de los caídos.

La buena acomodadora en el gran apuro, sólo supo decir y dijo con fé.—Mi último suspiro envió á Nuestra Señora de las Victorias.

Fueron sus últimas palabras. Lo que pudo suplicar en aquel trance solo ella lo sabe.

Después desvanecida ya no se dió cuenta de nada.

A las seis ó siete horas del suceso volvió en sí y vió que se hallaba en un lecho de un hospital.

Bendijo á Dios y á su Santa Madre.

Se mostró agradecida á Nuestra Señora de las Victorias, y envió á diferentes personas que la visitaron que en su nombre diesen gracias á la Virgen en su célebre altar.

El 1.º de Junio se inscribió como asociada en la Archicofradía del Santo é Inmaculado Corazón de María instituida para la conversión de los pecadores.

Ocupa esta señora el número 1.061,886.

Madre é hija llegaron á París con ánimo de confiar á Nuestra Señora de las Victorias el éxito feliz de un asunto que les interesaba.

Sin embargo desearon asistir á la ópera *Mignon*. No encontrando el asiento que querían, uno por estar lejos de la escena, y otro por imposibilidad de entrar, porque el lleno era completo, se privaron del espectáculo y se salieron del teatro.

—Iremos, mamá, dijo la hija, al mes de María de la Magdalena, esto será mejor.

La función religiosa en dicho templo fué espléndida y solemne, y la hija, que se conoce era más piadosa que su madre, la dijo al salir del templo.

—Jamás en el teatro he experimentado la satisfacción que en esta iglesia.

Dirigiéronse en seguida al hotel y les fué preciso pasar por cerca de La Opera.

Su sorpresa fué grande al verla ardiendo, y al saber el número de las víctimas bendijeron á Nuestra Señora de las Victorias porque, por medios no esperados se vieron libres de la catástrofe.

Agradecieron los obstáculos que encontraron para tomar asiento en el teatro y á la mañana siguiente se presentaron en la sacristía del famoso Santuario demandando acción de gracias en los ejercicios del culto á la Santísima Virgen.

Un grupo de hombres y de mujeres se refugió en una cornisa. Hallábanse casi todos en un estado de indescriptible terror. Delante del grupo, lo cuenta un libre-pensador, se destacaba una mujer de rodillas y con los brazos levantados al cielo, en demanda de auxilio.

En esta actitud perseveró mucho tiempo, cuando



de repente un bombero la coge y la coloca en la escalera de salvación.

Algunos instantes después, narra él mismo, todo el grupo desapareció entre el humo y las llamas.

(*El Pilar.*)

—Leemos en nuestro estimado colega *La Revista Popular*:

«Es en extremo triste y lamentable la repugnancia que manifiestan algunas familias cuando se trata de la administración del santísimo Viático á alguno de sus enfermos. Todo son excusas y pretextos; ya ponderando las excelentes cualidades del enfermo, hasta hacer de él un santo en la tierra, ya alegando la lucidez de entendimiento del mismo, como obstáculo á dicho acto, para no agravar su estado, ya valiéndose de otros pretextos que en resumen no son otra cosa que vaciedades de la ignorancia ó prejuicios protestantes.

Mas, no siempre viene el impedimento de parte de la familia, sino muchas veces de parte del enfermo, áun siendo persona buena como alguna vez hemos visto, ya por creer leve su dolencia, fundado en lo que le dicen tanto el médico como la familia, ya temiendo el trastorno que suele ocurrir en las familias, ya temiendo las habladurías del público. Resultando de todo eso que algunos mueren sin los auxilios de la Religión, y en los que no es así, á excepción de unos pocos, es preciso valerse de ciertos pretextos ó artificios para recibirlos, cosa poco digna entre cristianos, ó están al último de la enfermedad, que humanamente no se puede tener gran confianza en el fruto de sus confesiones y Comuniones.

La causa principal de esta calamidad no es otra que la de fallecer la mayor parte de los viaticados, y de tal manera se ha extendido esta idea, que el médico que ordena la administración del santísimo Viático á algún enfermo, si éste á los dos, cuatro ó seis días se restablece, queda desacreditado, pues dicen ha desconocido la enfermedad.

El Concilio provincial de Tarragona ya intentó oportuno remedio á tamaño desconcierto, mandando á los médicos no pasar del tercer día ó visita en enfermos graves, sin ordenar el santísimo Viático, pero desgraciadamente este decreto ha sido letra muerta casi en todas partes. Hay un medio facil y hacedero, que obvia de pronto parte de las dificultades, y que tal vez, á la larga, ayudando Dios, las haría desaparecer del todo.

Si resultase que la mayor parte de los enfermos viaticados se restablecieran, se evitaría el pretexto hoy algo fundado, de atemorizar al enfermo, y tendríamos resuelta la cuestión.

A este objeto un celoso párroco de esta diócesis ha propuesto á sus feligreses la instalación de una asociación de la buena muerte, bajo la advocación del Patriarca san José, regida por los capítulos siguientes:

1.º Esta Asociación tiene por objeto procurar con toda eficacia, que ninguno de los asociados muera sin los saludables auxilios de la Iglesia, y atraer á todos con su buen ejemplo á tan santa Institución.

2.º Podrán ingresar en la misma los individuos de ambos sexos que hayan hecho la primera Comunión.

3.º Todo socio se obliga á pedir y á recibir el santísimo Viático dentro los cinco días primeros de grave enfermedad siendo aguda, y á influir á que lo pidan y reciban todos los demás enfermos, á cuyo fin rezará cada socio mañana y tarde la oración dominical ú otra de su devoción, y hará alguna visita á los enfermos después de viaticados.

4.º Como prueba de gratitud por las gracias dispensadas á los enfermos por la mediación y advocación de san José, el día 19 de Marzo se celebrará cada año una función religiosa con Comunión general.

Es indudable que esta sencilla obra generalizada disiparía en gran parte los recelos y prevenciones de mal género, que rodean hoy el lecho de la generalidad de los enfermos y les hacen dificultosa la recepción de los santos Sacramentos.

Recomendamos la idea que, nos consta se va efectivamente á plantar en la parroquia que aludimos, y la recomendamos á las oraciones de todas las almas devotas de la santa Eucaristía.»

Por nuestra parte, no podemos mémos también de aplaudir tan bella idea y de desear que tenga en todas partes muchos imitadores.

## MISCELANEA

*Amor filial.*—El excelente párroco de un pueblo observaba con especial atención á los niños.

Decía, y decía muy bien: «El hombre será lo que haya sido el niño.»

La casa del buen eclesiástico, más que otra cosa parecía escuela: tal era la multitud de niños que en ella solía haber.

La algazara infantil alternaba el orden en aquella morada, tranquila durante las horas de escuela. Y el buen eclesiástico veía y observaba, sonreía observando, y solamente tomaba la palabra cuando algún diablillo proponía á sus compañeros algún juego que pudiera serles perjudicial.

No hay para qué decir si faltaría la correspondiente merienda á la hora de costumbre, tratándose de la bulliciosa gente cuya principal virtud jamás fué la sobriedad.

Hemos ya dicho que el buen Cura observaba mucho, estudiaba el carácter de cada niño, y para incluir en su ánimo el amor á la virtud, jamás ofrecía premio; porque decía, y muy bien:

«El premio para después, cuando se haya mereci-



do por hechos naturales y espontáneos. El premio anticipado trae hipócritas y embusteros, que es lo mismo.»

Una tarde, al repartir como de costumbre la merienda, el Cura observó que un niño la rechazaba.

—¿No te gusta?—le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Estás enfermo?

—No, señor.

—¿Por qué no meriendas?

—No tengo gana.

Siempre observador el Párroco, notó que el rostro del niño se había puesto encendido al decir que no merendaba por falta de apetito.

Era naturalmente veraz, y la mentira, por más que en aquel caso fuese disimulada, no podía salir de sus labios sin dejar sobre el rostro algún signo, aunque fuese fugaz, ostensible.

Al siguiente día, la escena presentó mayor interés.

El buen Párroco observaba oculto por una puerta, y vió al niño recorrer con la vista á cuantos le rodeaban, y convencido de que nadie le miraba, encarnado el semblante como una amapola, guardó en sus bolsillos la merienda.

Poco después apareció el sacerdote, llevó al niño á su despacho, y entabló el siguiente diálogo:

—¿Por qué no meriendas hace dos días? Dí la verdad, tú no eres embustero, y por eso te ruborizaste ayer al contestar «no tengo gana.»

Y como el niño se limitase á bajar la cabeza, el excelente eclesiástico le instó con su habitual dulzura, y el niño contestó:

—Ayer no merendé porque mi buena madre no había comido.

—¿No había comido! ¿Pues no cobró su exigua pensión?

—Sí, señor.

—¿Y no le dura todavía?

—Se la dió entera á una vecina, á quien debe dinero desde que yo estuve enfermo, y la avergonzó en la plaza.

—Bueno es saberlo, para saber lo que es la caridad cristiana; y hoy ¿no comió tu madre?

—No, señor.

—¿Y por eso no has merendado?

El niño comenzó á llorar en silencio, y púsose encarnado como la grana.

—Vamos, hijo mío, buen ánimo, que yo te ahorraré el mal camino. Ayer no quisiste merendar porque te dolía comer no habiendo comido tu madre; y hoy, creyendo que no te veían, has guardado tu merienda para llevársela... No llores, querido mío, tu acción es meritoria; pero serenáte y merienda.

—No, no señor.

—Te lo mando yo.

—Tomaré la mitad.

—No por cierto; merienda, y después te acompa-

ñaré á casa, y á tu madre nada le faltará, como á su vecina tampoco le faltará su merecido.

Después de aquel día el hijo fué mirado con el mayor aprecio por el buen Párroco, quien le dió carrera y le hizo llegar hasta ser hombre importante; tuvo éste hijos que fueron con él muy buenos, para que no faltasen las palabras de eterna verdad:

*Con la vara que midieres serás medido.*

(De la *Propaganda Católica* de Palencia.)

*Influencia de los misioneros.*—No sin emoción leerán nuestros lectores los tiernos episodios que el R. P. Stalter refiere en la siguiente correspondencia, fechada en San Pablo de Donghila (África). En medio de estas poblaciones, tan temibles en otro tiempo, hoy tan admirablemente dispuestas, los misioneros se ven recompensados de las fatigas y peligros de su laborioso ministerio por la simpatía y afecto de sus ovejas. Estas buenas hordas quieren tanto al ministro de Dios, que tratan á veces de retenerle indefinidamente. Una cosa parecida le sucedió particularmente al R. P. Delorme. Noticioso el anciano rey Schoke de que este Padre se disponía á partir de Donghila para visitar algunas aldeas vecinas, tuvo la precaución de mandar ocultar su piragua entre los árboles de la orilla la víspera de su partida, haciendo así imposible su viaje.

El R. P. Stalter, de la Congregación del Espíritu Santo y del Sagrado Corazón de María, escribe de San Pablo de Donghila lo siguiente:

«A pesar de estar en continua guerra las aldeas que nos rodean, aquí vivimos en plena paz. Esta debe presidir en la Misión, y todos los que á ella vienen deben olvidar sus resentimientos y enconos. Ya saben esto los pahuines, y más de una vez se ha dado el caso de acercarse á la Misión dos canoas enemigas procedentes de rumbo opuesto, y en lugar de tirotearse—porque los pahuines no abandonan jamás su fusil—estos hombres feroces no han empleado sus armas prontas á sembrar la muerte sólo por respeto al misionero.

Este es recibido en todas partes como amigo aún entre los pahuines recién llegados del interior. Además ahora ya somos conocidos de todos; así es que cuando nos presentamos en una aldea, sobre todo por primera vez, dice la gente: «Hé ahí el mejor amigo del Grande Espíritu.» Y cuando les hablamos de este Grande Espíritu nos escuchan con mucho respeto y sumisión.

Vinieron un día nuestros chicos á prevenirnos que un enfermo, ó mejor dicho, un moribundo, se hallaba tendido en la playa, á cortos pasos de la Misión. Fuí yo corriendo á verle y le instruí á la orilla del agua. Viendo después que aún podía vivir algunos días, le cogí á cuestras y le trasporté hasta la Misión. Era el Viernes Santo. Al oír nuestro enfermo hablar del gran misterio operado en este día, abrió los ojos y volvió en sí, diciendo:



—*Minisse*, ¿Jesucristo murió también por los negros?

—Sí por los negros y por todos los hombres.

—¿Murió también por los grandes bandidos como yo?

—Sí, murió, ante todo, por los grandes pecadores.

—Entonces, continuó el moribundo, puesto que Jesucristo murió por los grandes pecadores, yo quiero morir por El. Bautízame, Padre, á fin de que yo pueda morir por Jesucristo el mismo día en que El murió por mí.

Al ver sus excelentes disposiciones, me apresuré á acceder á sus deseos. El pobre enfermo recibió el bautismo de la manera más edificante; y á los pocos instantes exhaló tranquilamente su postrer suspiro. ¡Extraña coincidencia! Eran casi las tres del Viernes Santo.

No sabíamos ni hemos sabido jamás de dónde venía este pobre negro, ni le conocíamos parientes ni amigos. Ayudado por el H. Austremoine, abrí una tumba y enterré con mis propias manos el cadáver de este dichoso desconocido, rezándole las oraciones de la Iglesia.

Otro negro en la flor de la edad y rebosando salud, vino á Donghila y nos habló en estos ó parecidos términos.

Yo resido allá muy lejos. Había oído hablar de hombres venidos aquí para enseñarnos á nosotros, pobres salvajes, las cosas de Dios y del cielo, y me he dicho:

—Jamás podrá el misionero venir hasta mi aldea, porque es preciso atravesar manantiales y ríos, montes y valles, extensas llanuras y cerrados bosques. De modo que moriremos, mi mujer, mis hijos y yo, antes de conocer á Dios. No, no, me he replicado á mí mismo, yo quiero conocer á Dios; yo no quiero ir al fuego eterno; yo mismo iré á buscar al misionero; yo atravesaré ríos, montañas, vallés, bosques y llanuras. Iré, andaré, preguntaré en todas partes dónde está la casa del hombre de Dios, y cuando le hubiere encontrado, le diré: «Hombre de Dios, amigo de Dios, yo no he venido á pedirte tabaco ó aguardiente; yo no he venido á que me des de comer ó de beber; yo no he venido á que me regales algo con que cubrir mi desnudez ó remedios, sino que he venido para que me enseñes las cosas de Dios y las del cielo.

He oído decir que para ser dichoso en la otra vida, es preciso estar bautizado y observar los preceptos de Dios. Pues bien; enséñame esos preceptos, para que yo los pueda cumplir; bautízame, para que pueda ir al cielo cuando mi hora sea llegada.»

¡Qué sencillez en estas palabras y qué buena voluntad! Diríase que un ángel, el ángel guardián de este pobre pagano, queriendo premiar sus buenas disposiciones, le había conducido hasta aquí para alcanzarle la gracia del bautismo. Después de haber pasado varias semanas en la Misión para ser instruí-

do y bautizado, se volvió alegre y contento al país de sus padres, prometiendo que jamás olvidaría lo que había aprendido, y que observaría hasta el fin de su vida los mandamientos de Dios. ¡Ojalá que sus palabras y obras inspiren á otros muchos de su país el deseo del bautismo!»

(*Ecos de María.*)

—El Ayuntamiento de París, cuyo ateísmo raya en la más cínica desvergüenza, ha acordado prohibir los libros de enseñanza que hablan de Dios. Al efecto ha puesto en su índice ateo una obra de Lebaine, porque habla de la Providencia; otra de Guizot, porque nombraba la religión; otra de Veperau, porque criticaba á unos materialistas, y otras varias por idénticos motivos.

*Un Terciario laureado con el premio montyón.*—La Academia francesa acaba de adjudicar un premio de tres mil francos al Rdo. Sr. Cura Lemoine, párroco de Lucé-Perrou, fundador y superior general de las religiosas franciscanas de Perru (Orne), canónigo de Séez y miembro de la Tercera Orden. No nos extenderemos, dice el diario de la localidad, sobre los méritos de este digno sacerdote, preferimos ceder la palabra al elocuente académico Sr. Caro, encargado de pronunciar este año el discurso de costumbre referente á los laureados con el premio *montyón*.

El premio *montyón*, principal, se adjudica al reverendo Lemoine, párroco de Loucé-Perrou (Orne), presbítero, digno de ser clasificado entre los pobres, porque es un pobre voluntario, que se ha hecho mendicante primero para una iglesia y una escuela, después para un hospital convertido en ambulancia durante la guerra, y últimamente para un orfanatrofio, en que fueron recogidos niños de Alsacia-Lorena que la guerra había dejado en horfandad.

Durante dieciseis años han hallado asilo en el orfanatrofio, 750 niños, de los que hoy alberga 226; en el hospital han sido cuidados 336 enfermos. Al salir del orfanatrofio una paternal vigilancia sigue á los adultos, y se dedica á buscarles buena colocación. Tratándose de actos excepcionales que favorecen á un gran número de infelices, la Academia les ha señalado un premio también excepcional.»

(*De la Revue franciscaine de Bourdeaux.*)

#### ADVERTENCIA.

Para las reclamaciones dirigirse á la administración, Pelayo, 6, bajos ó al Círculo de Obreros, Riera de San Juan, 6, 2.º

IMPRENTA DE BERTRÁN Y ALTÉS, Pelayo, 6, bajos.



---

## SECCIÓN DE ANUNCIOS

---

Con el fin de que puedan despacharse con regularidad todas las reclamaciones que se nos hagan, se suplica á los señores suscriptores que se dirijan desde hoy al Administrador, calle de Pelayo, n.º 6, bajos, donde ha quedado instalada la Administración de esta Revista.

---

### OBRAS NUEVAS

#### LAS OVEJITAS DEL NIÑO JESÚS

POR D. JUAN B. ALTÉS Y ALABART, Pbro.

Forma un lindo tomito de más de 200 páginas de prosa y verso, con cubierta alegórica, propio para repartir en Colegios. — Precio: 2 rs. en rústica, y 4 encuadernado en tela.

Del mismo Autor:

#### LA PALOMA DEL CARMELO

Ó la vocación religiosa de Santa Teresa de Jesús.

Drama para niñas en tres cuadros y en verso. — Se vende al precio de 4 reales.

---

#### VIAJE TERESIANO

(CARTAS FAMILIARES)

A 4 reales rústica, y 6 encuadernado en tela.

---

### VIDA

DE

## SANTA ROSA DE LIMA

---

Esta excelente é importante obra consta de 404 páginas en 4.º menor, impresa en buen papel y con elegantes tipos elzevirianos. Está compuesta á vista de los manuscritos inéditos del Rdo. P. Capuchino exclaustrado Fr. José Antonio Catá, de Calella, é impresa á coste de su hermano en Religión Rdo. P. Fr. Tomás Sala y Figuerola, de Arenys de Mar.

Precio: 10 rs. en rústica y 16 lujosamente encuadernada.

---

Para los pedidos dirigirse á D. Francisco Altés, calle de Pelayo, núm. 6, bajos, imprenta, el cual hará una rebaja proporcionada al pedido.